

BERTA BERNAD

MI  
NOMBRE  
ES GRETA  
GODOY



Berta Bernad

Mi nombre es  
Greta Godoy

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Berta Bernad, 2019

Autora representada por Editabundo Agencia Literaria, S. L.

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: abril de 2019

Depósito legal: B. 7.390-2019

ISBN: 978-84-08-20783-2

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Cayfosa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

*Nueva York, diciembre de 2016*

Aquel era mi último día en Nueva York. Me senté en el borde de la cama y observé todo lo que dejaba atrás. Tenía las maletas hechas y cerradas y todo parecía estar en orden para dejar el piso y coger, al día siguiente, un avión con destino a Madrid. Pero todavía me quedaba algo pendiente. Miré el reloj para ver si había llegado la hora. Había quedado con Sasha en el Elizabeth Park, uno de los parques a los que solíamos ir cuando estábamos juntos.

Era uno de esos días fríos de invierno en los que anochece pronto, así que me puse un gorro y unas botas de borreguillo para no pasar frío. Habíamos quedado a las cinco de la tarde y, como llegué un poco antes que él, me senté a esperarlo en uno de los bancos que había a la entrada. Al poco tiempo, Sasha apareció. Atravesó la puerta del parque, me buscó con la mirada y vino directo hacia mí. Andaba lento, arrastrando los pies, como fatigado. Llevaba unos guantes de cuero negro y un café caliente entre las manos. El abrigo azul marino le llegaba hasta las rodillas. En el pecho colgaba su cámara de fotos y en los pies lucía aquellas botas de cordones negras que compramos juntos en una tienda de segunda mano.

Hacia dos semanas que no sabíamos nada el uno del otro y supuse que no habían sido unos días fáciles para él, igual que tampoco lo estaban siendo para mí. La última vez que nos vimos fue para decirnos un adiós definitivo. Pero yo no pude contenerme y le propuse quedar de nuevo, saltándome el pacto amistoso al que habíamos llegado. Necesitaba hablar con él. Sasha se había convertido en una de las personas más importantes de mi vida. Con él había compartido los mejores momentos en aquella ciudad en la que un día nos enamoramos sin freno de mano.

Sasha me miró de refilón y con una mirada de hastío, como esperando a ver qué le contaba ahora.

—*Hi*, Sasha —lo saludé en nuestro idioma habitual y le di un beso en la mejilla.

—*Hi*... —contestó sin fuerzas.

—No quería irme sin despedirme de ti.

—Ya nos despedimos el otro día y creo que quedó todo bastante claro. Al menos por tu parte —soltó en tono de reproche.

—Lo siento —fue lo único que supe decir.

Busqué en su mirada algún atisbo de comprensión sin demasiado éxito.

—¿Qué es lo que sientes, Greta? —preguntó mientras le daba un sorbo a aquel café que parecía estar igual de acalorado que yo.

—Siento no haber sido capaz de amarte. De amarte hasta el final. De ida y vuelta, como siempre decíamos.

—Eso no es algo por lo que tengas que disculparte. Las cosas se han dado como tú has querido que se dieran.

—Sasha, no seas así. Las cosas no son tan sencillas.

—Para mí sí lo son —concluyó.

Cortó así todo intento de comunicación. Yo lo único

que quería era irme con el recuerdo de un último abrazo. Un abrazo real que resumiera la historia de dos personas que se habían cuidado y querido sin límites. Pero cuanto más tiempo pasábamos sentados en aquel banco del Elizabeth Park, rodeados de árboles infinitos y de estatuas preciosas, más lejos le sentía.

Se creó un silencio incómodo que me hizo extrañarle aun teniéndole tan cerca y opté por sincerarme del todo para que pudiera entenderme mejor. Explicarle lo que había estado meditando desde que nos habíamos separado. Explicarle las razones por las que sentía que mi vida necesitaba un giro de ciento ochenta grados.

Me había dado cuenta de que tener una vida tan expuesta no me dejaba ser feliz, que no me sentía bien y que, aunque de cara a mis dos millones de seguidores todo fueran lujos y alegrías, había algo de aquella vida que me impedía ser una persona normal. Y ya no podía más. Había llegado al límite. Había llegado la hora de saltar al vacío y cambiar de vida radicalmente.

—¿Sabes...? —le dije—. He decidido que voy a cerrar mi cuenta de Instagram.

—¿Y eso? —interrogó sorprendido girándose hacia mí.

¡Por fin nos miramos a los ojos! Sasha sabía que esa decisión cambiaría mi vida por completo. Instagram se había convertido en el centro de mi existencia los dos últimos años y no sería fácil para mí vivir sin aquella aplicación de la que dependía en todos los sentidos.

—Pues porque mi vida se ha convertido en un disparate. Ya no sé lo que es verdad ni lo que es mentira. Lo que importa y lo que no. Paso tanto tiempo tratando de aparentar que todo es tan perfecto que se me ha olvidado quién soy. Quién soy yo de verdad, sin tener que interpretar ese

papel de vida de éxito delante de todos esos seguidores que, al fin y al cabo... —concluí a punto de romper a llorar—, ¿qué más me dan?

Sasha se quedó callado, escuchándome de corazón como siempre hacía. Yo continué sincerándome, tratando de justificar el momento que atravesaba para que entendiera los motivos por los cuales no podía entregarme de lleno a aquella relación, la razón por la que no podía amarle como él se merecía. De alguna manera, eso también me atormentaba.

Fui sincera con él, aun sabiendo que mis palabras podrían reavivar las cenizas de un amor del que él no tuvo más remedio que huir. Como Sasha continuaba en silencio, yo seguí hablando, mirándome las manos por miedo a mirarle directamente a los ojos.

—Siento como si llevara muchos años construyendo una casa de la que ahora no me atrevo a salir. Me da miedo abandonarla. Pero siento que dentro tampoco soy feliz...

—¿Y qué es lo que te frena? —me preguntó Sasha.

Sasha me quería y me escuchaba de verdad. Se esforzaba siempre por comprenderme, no como otros novios que había tenido y que en aquel momento hubieran actuado con orgullo y desdén.

—No lo sé, Sasha. Supongo que el miedo. El miedo a no saber qué será de mí sin todas estas comodidades a las que, sin querer, me he acostumbrado.

—*Come here* —dijo Sasha.

Apoyé mi cabeza contra su pecho y me abrazó. En aquel momento no me pude contener y lloré. Lloré con la tranquilidad con la que llora una mujer delante de alguien que sabe que daría la vida por ella.

—*You need to calm down and find yourself* —sentenció.

—Lo sé. Pero no es tan fácil. Por eso creo... Creo que

tengo que cortar de raíz con todo esto para recuperar algo de paz y poder pensar con claridad. No se me ocurre otra solución. Pero a la vez... Me da vértigo. Tengo miedo de desaparecer, de que la gente se olvide de mí.

—¿A quién te refieres?

—A la gente que me sigue, a todos mis seguidores...

—dije como si se tratara de mis propios hijos.

—Pero... ¿Por qué le das tanta importancia a esos seguidores? Si estuvieras enferma en un hospital, ¿quién de toda esa gente iría a visitarte?

Me quedé pensativa y no supe qué contestar.

—Muy pocos, Greta —añadió él mismo—. Solamente se preocuparían de ti tus amigos, tu familia, la gente que te quiere, con los que compartes tu día a día, no tus seguidores. A ellos no les importan tu vida ni tus problemas. Te siguen igual que siguen a otros miles de personas. Pero si desaparecieras, sus vidas continuarían igual. Ellos no te conocen. ¿Cómo vas a importarles?

Su tono se iba encendiendo. Sasha tenía motivos para sentir rencor contra las redes sociales, porque sin duda Instagram tenía algo que ver en nuestro distanciamiento. Pero le agradecía que estuviera siendo directo. Él sabía que esa era la única forma de hacerme entrar en razón.

—Pero... ¿y si me arrepiento? ¿Y si está siendo una de mis decisiones precipitadas?

Sasha se quedó en silencio y yo, impulsada por los nervios, continué hablando. Tenía muchas dudas, dudas que estaban en mí, pero que sabía que solo podría resolver con él. Y cada vez nos quedaba menos tiempo.

—Bueno, si me arrepiento podría abrirme otro perfil, ¿no? —me respondí a mí misma, y al momento me di cuenta de que a veces actuaba como una niña caprichosa.



—Para un momento, Greta. No seas infantil. Piensa... ¿Qué es lo que echarías de menos?

—Pues, no sé... —Traté de ponerme en situación—. Echaría de menos... el cariño de la gente, supongo. Poner fotos de todo lo que me pasa a diario. De mis avances, de mis proyectos, de...

—Pero ¿qué necesidad tienes de contar todo eso en Instagram? —preguntó Sasha, que jamás en su vida había tenido una cuenta en una red social.

—Pues no sé. Para que la gente vea que soy válida. Que me pasan cosas, que evoluciono...

Sasha hacía unas pausas largas que me permitían pensar mejor mis respuestas. Él tampoco hablaba por hablar. Meditaba mucho todo lo que decía. Me tomaba en serio y por esa y por otras muchas razones me dolía perder a alguien con quien había sido tan feliz.

—¿Qué estás pensando? —le pregunté con intriga. Me inquietaban mucho sus silencios. Casi siempre que tardaba más de la cuenta en contestar era porque me iba a decir algo que podía herirme. Pero aquella vez no fue así.

—Pienso que eres una persona increíble y que siempre tendrás influencia en los demás, hagas lo que hagas, porque brillas con luz propia. Hay poca gente como tú.

Aquel comentario me hizo quererle todavía más y me abracé a él, aunque no quería confundirle.

—Te voy a echar tanto de menos... No me puedo creer que vaya a perderte a ti también.

—No mezcles las cosas. Yo creo que estás tomando una buena decisión, vas a ser mucho más libre sin tener que estar todo el día reportando tu vida —concluyó Sasha.

Y esa frase terminó de convencerme. Cerré los ojos fuerte y respiré hondo para no llorar más. La decisión ya

estaba tomada y eso me hizo recuperar algo de serenidad. Me despedí de Sasha con un abrazo de los de verdad. Él me secó las lágrimas con las manos y yo puse las mías sobre las suyas para sentir su piel una última vez.

—Me muero. Te lo prometo —añadí de corazón.

—No hagas las cosas más complicadas —dijo Sasha, y me dio un beso en la frente—. Adiós. Que tengas un buen viaje.

—Adiós —contesté, y nos soltamos las manos.

Sasha se marchó y yo me quedé ahí quieta, observando cómo se alejaba y esperando a ver si miraba atrás una última vez, pero no lo hizo.

Aquella noche no pude dormir por los nervios del viaje. Mi vuelo salía a primera hora. Me levanté pronto y me preparé un café. Comprobé por última vez que no me olvidaba nada y que las ventanas de la casa estaban bien cerradas. Dejé las llaves dentro y cerré de un portazo.

Vino a buscarme un taxi que me llevaría al aeropuerto. Fui simpática con el conductor que, amable, me informó nada más subir al coche:

—Tiene usted wifi, cortesía de la casa.

—Gracias —dije. Wifi era justo lo último que necesitaba en ese momento. Comprobé las notificaciones en mi teléfono. Era mi cumpleaños. Aquel 21 de diciembre cumplía veinticinco años, pero sentía que tenía muchos más, que en los últimos años había madurado mucho y que estaba experimentando un cambio muy fuerte dentro de mí.

El conductor me ayudó a bajar las maletas del coche.

—Lleva usted mucho equipaje —me dijo.

—Sí, más del que me gustaría —contesté, y me di cuenta de que la mayoría de las cosas que llevaba eran regalos que me habían hecho las marcas, regalos que ni siquiera

me importaban. Tenía ganas también de empezar a viajar más ligero.

Después de completar el *check in*, me dirigí hacia la puerta de embarque y esperé nerviosa para llevar a cabo mi plan. Lo había diseñado con la misma precisión con la que un ladrón planifica el atraco a un banco. Sería justo antes de que despegara el avión cuando cerraría mi cuenta de Instagram para siempre.

Le mostré mi pasaporte a la azafata y accedí al avión. Dejé mi maleta en el compartimento superior y me abroché el cinturón. Miré por la ventanilla. Hacía frío. Fuera y dentro del avión. Miré a la persona que tenía sentada al lado. Nada de lo que hacía me pareció interesante, así que decidí coger mi teléfono de nuevo. Estábamos a punto de despegar y dentro de poco perdería la cobertura, así que había llegado la hora.

Me metí en Google y escribí «Cómo desactivar mi cuenta de Instagram». Antes de que hubiera terminado la frase, el buscador ya me la sugería y pensé que seguramente había muchas más personas sintiéndose como yo. «¿Cuál es el motivo por el que desea desactivar su cuenta de Instagram?». Marqué la casilla de «Motivos personales» y continué al siguiente paso. «¿Está seguro de que desea desactivar su cuenta para siempre? Le damos la opción de que la desactive temporalmente». Sentí una náusea. Bloqueé el móvil y pedí un vaso de agua. Le dije a la azafata que tenía que tomarme una aspirina. En cuanto me tranquilicé, reanudé el proceso. Contesté que sí, que estaba segura, que quería desactivar mi cuenta para siempre. Y comprendí que era una despedida real. «Perfil no encontrado», leí en la pantalla. Un escalofrío recorrió mi cuerpo haciendo una ese.

Escuché el sonido de los motores, que indicaban que estábamos a punto de despegar. Y en aquel momento, me sentí liberada. Sentí que comenzaba una nueva etapa, una nueva vida sin redes sociales. ¿Sería capaz de sobrevivir a aquella desconexión? En aquel avión decidí hacer un pequeño ejercicio y abrí un documento en blanco para recordar el principio de toda esta historia. Me puse mis gafas y comencé a escribir: «Aterricé en Londres...».